

Vampiro

Barbara Gomez

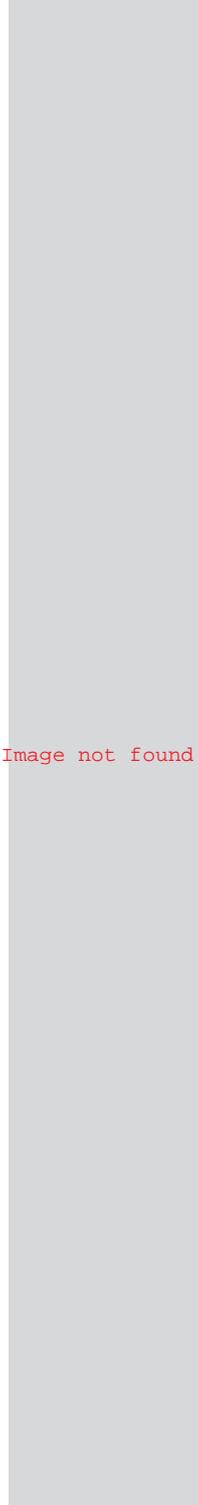


Image not found.

Capítulo 1

Vampiro

El olor de la arepa de maíz recién molido se coló por las ranuras del piso de madera y llegó hasta mi habitación. La cocina queda en el piso de abajo y se escuchan las ollas y los platos en un alegre concierto matutino. Al bajar por las escaleras de caracol encuentro a mi abuela batiendo el chocolate frente al fogón de leña y a Dolores, la campesina con pañoleta amarilla en la cabeza y moña en forma de rosca, haciendo los huevos revueltos con cebolla y poniendo en la mesa el quesito fresco y los frijoles refritos. También está Vampiro, el caballo negro de mi abuela que tiene la costumbre de meter su cabeza por la ventana para robarse algo de comer. De tanto meter sus narices de caballo glotón, mi abuela le ha asignado un plato en la mesa, hoy comerá mazorcas y zanahorias.

Mi abuela se llama Blanca, tiene el cuerpo largo y la piel cándida. Sus ojos son aceitunados y generosos. Su cabello es de color rojo y lo lleva corto como el de un príncipe valiente. Sus manos son huesudas y en uno de sus dedos tiene un anillo de oro con una piedra verde, de su cuello cuelga un collar de jade mexicano. Camina como una condesa y se viste con trapos de la India, medias de colores que no hacen juego y zapatillas deportivas.

Mis padres tuvieron que viajar por motivos de trabajo y me quedé viviendo con ella un año. Fueron meses extraordinarios y extraños. La casa queda en la cima de la montaña de Santa Elena en Colombia. Es una casa rodeada de pinos, eucaliptos, sietecueros de colores y hierbabuenas. Es de color hueso con puertas y ventanas azules. Mi abuela la diseñó y la construyó con sus propias manos, utilizando troncos de madera sin curar, estiércol de vaca y cal.

—Buenos días, Lolita, bajaste justo a tiempo. Hoy nos iremos de picnic al bosque mágico —dijo mi abuela abrazándome.

—¿Llevaremos a Vampiro?

—Por supuesto, sin él no podríamos llegar al bosque.

Los picnics al bosque mágico son un paseo de todo el día, pero como soy una niña tengo algunos privilegios y comodidades, por ejemplo: cuando salimos bajamos por la montaña, me deja ir montada sobre Vampiro mientras ella abre los portones y quita los helechos del camino con su machete. Para llegar al bosque mágico debemos cruzar pequeños riachuelos, atravesar un cementerio antiguo de indígenas y caminar junto a la orilla de una laguna negra. Después de dos horas de caminar cuesta

abajo por la montaña, llegamos a un rincón del bosque forrado en una gran alfombra de musgo verde luminoso. Es el único lugar del bosque donde crecen los famosos hongos Amanitas muscarias, más conocidos como «los hongos de los gnomos», los de color rojo con puntitos blancos. «Lolita, nunca te comas un hongo de estos, si lo haces, verás al diablo y a todos sus amigos. Te lo digo por experiencia propia» me dice mi abuela siempre que vemos uno de estos hongos.

Después de terminar el desayuno, empacamos en una mochila las papas cocidas, un par de huevos duros y medio pollo asado. Como postre, nos gusta comer las moras que encontramos en los arbustos del camino. Ya listas para salir, con sombreros y ponchos, nos dirigimos al establo para ensillar a Vampiro, pero allí nos encontramos con una sorpresa, Vampiro había desaparecido. Fue una situación bastante extraña, este caballo era más fiel que un perro y nunca antes se había escapado o perdido. Lo buscamos y lo llamamos por todas partes pero no había rastro de él. Preguntamos en todas las tiendas, escuelas, iglesias, bodegas y bares, pero nadie lo había visto. Estaba casi anocheciendo y mi abuela me propuso que hiciéramos una expedición a la media noche.

—Vampiro me está enviando mensajes telepáticos —me dijo— Dice que lo busquemos en el bosque mágico esta noche y dice que sería buena idea que llevemos linternas y una pala.

Semejante cosa no me pareció rara viniendo de mi abuela, una mujer que sufrió un cáncer, sobrevivió el terremoto más fuerte de Acapulco, la excomulgaron en la Iglesia por estar divorciada de su primer marido y por abandonar al segundo. Una mujer que nunca se quedó en la casa limpiando o cocinando, sino que se ganó la vida haciendo esculturas y dando clases de arte. Una mujer, que cuando sus cinco perros negros ladran, saca el rifle por la ventana y comienza a disparar al aire gritando: «Lucifer, Luzbel, Satán, Xóchitl, Lucífugo ¡ataquen!» Mi abuela, una mujer de sesenta años, que mantuvo una relación amorosa con un joven de treinta; que vivió en Francia, África, México, Brasil, Italia y la Patagonia. Una mujer que tiene ranas y culebras sueltas en las macetas del patio de la casa.

—Esta bien, vamos abue —acepté, muerta de miedo al imaginarme la oscuridad del bosque.

Salimos a la media noche como acordamos, con dos linternas y una pala. Nos metimos por los alambrados, abrimos los portones, cruzamos los riachuelos, pasamos por el cementerio indígena, bordeamos la laguna negra y finalmente, llegamos al bosque mágico. Alumbramos con nuestras linternas y descubrimos entre la niebla, dos ojos que brillaban, allí estaba parado Vampiro, con su cuerpo lánguido mirándonos como una aparición.

—¡Vampiro! ¡Aquí estas! Seguro que fueron las brujas. —dijo mi abuela.

—¿Las brujas?

—Las brujas de la montaña se roban los caballos de los establos, les hacen trenzas en la cola y los dejan abandonados, con la cola apuntando guacas —dijo mostrándome la cola de Vampiro, la cual estaba peinada con una docena de trenzas finamente tejidas.

—¿Una guaca? ¿Te refieres a un tesoro escondido, abue?

—Sí, Lolita, pero me temo que las brujas hicieron las trenzas y alguien más se nos adelantó con la guaca.

Justo debajo del caballo, encontramos un hueco con rastros de musgo que parecía estar recién hecho, todavía olía a tierra removida, no había nada, solo estaba el hueco. Esa noche no encontramos ningún tesoro pero encontramos a Vampiro y eso fue suficiente para terminar la expedición de media noche, irnos a casa y dormir felices.

A la mañana siguiente, bajé a desayunar, en la cocina estaba mi abuela revolviendo el chocolate, olía a arepa recién hecha y Vampiro asomando su cabeza por la ventana. Todo parecía normal, solo había un detalle distinto: Dolores, la campesina, no traía su habitual pañoleta amarilla y su moña en forma de rosca, ésta vez, se había hecho una trenza larga y sus zapatos estaban untados de musgo y tierra. Era sin duda, otro día normal en la casa de mi abuela.